

Francisco Belaunde Matossian

Más allá de **FACHOS &** **CAVIARES**

Manual para un debate político
que construya, no que nos destruya



 KONRAD
ADENAUER
STIFTUNG

Más allá de
**FACHOS &
CAVIARES**

Manual para un debate político que
construya, no que nos destruya

Francisco Belaunde Matossian

**MÁS ALLÁ DE FACHOSY CAVIARES. MANUAL PARA UN DEBATE
POLÍTICO QUE CONSTRUYA, NO QUE NOS DESTRUYA**

Tiraje: 150 ejemplares

Segunda edición, diciembre de 2020

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2020-09403

© Konrad-Adenauer-Stiftung e.V. (KAS)

Av. Larco 109, 2° piso, Lima 18 – Perú

E-mail: kasperu@kas.de

URL: www.kas.de/peru/es

Teléfonos: (511) 416 6100

Autor:

Francisco Belaunde Matossian

Diseño y diagramación:

Shirley C.

El contenido de esta publicación es responsabilidad del autor y no necesariamente refleja los puntos de vista de la Konrad-Adenauer-Stiftung e.V. (KAS).

Derechos reservados. Se autoriza la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, haciendo referencia a la fuente bibliográfica.

Distribución gratuita.

Impreso en: Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156-164, Breña - Teléfono: 4248104

tareagrafica@tareagrafica.com

Impreso en el Perú – Printed in Peru

Contenido

Presentación	9
Prólogo por Carmen Mc Evoy	11
Introducción	19
I. La dinámica de la polarización	23
1. La confrontación	23
2. La opinión	25
2.1. La opinión en general	25
2.2. La opinión política	28
2.3. Modos particulares de emisión de la opinión	31
2.4. La información, condicionante de la opinión	33
3. La importancia de las formas en el debate	36
II. La línea de fractura peruana	37
III. ¿Cómo podemos contribuir a un debate que construya?	42
1. Informémonos	43
2. Démonos unos instantes antes de compartir un <i>post</i> o un tuit	45
3. No sacralicemos nuestra opinión	46
4. No insultemos ni «etiquetemos»	47
5. No difamemos	47
6. Evitemos estar a la caza de <i>likes</i> para nuestros comentarios	49
IV. La necesaria contribución de los medios de comunicación para un buen debate	50
Conclusión	53
Apéndice	54
Ejemplos de tuits	57
Sobre le autor	65

Presentación

En julio de 2016, el Perú dejaba atrás la segunda vuelta electoral de una elección presidencial que, si bien se había caracterizado por una campaña no exenta de excesos, marcaba con claridad un hecho importante: la mayoría de peruanos veían en una opción política de centro derecha la mejor oportunidad para garantizar el desarrollo del país. Evidentemente, estas agrupaciones políticas diferían en cuanto a sus propuestas sobre familia, orden y seguridad ciudad, entre otros temas; no obstante, tenían mucho más en común: el compromiso con la estabilidad macroeconómica, la democracia y el libre mercado como piedras angulares para un país próspero y una sociedad más justa. En este contexto, se abría una oportunidad histórica que nos hubiera permitido llegar a los 200 años de nuestra vida independiente (el Bicentenario, en 2021) más cerca del ideal desarrollo al que siempre hemos aspirado.

Hoy, casi cinco años después —y a unos meses de las elecciones presidenciales de abril de 2021—, resulta difícil explicar cómo esa oportunidad mutó y dio paso a uno de los ciclos de confrontación política más virulentos de las últimas décadas. Un presidente vacado, un congreso disuelto; los artículos de nuestra Constitución, previstos como recursos de *ultima ratio* para dirimir crisis políticas, utilizados *ex ante* y con tal insistencia que apenas llaman la atención de una ciudadanía apática y desilusionada con su clase política.

Las causas son ciertamente muchas y complejas, pero un punto central, tema del presente libro, es que los climas de confrontación tienen al menos parte de su origen en hábitos del lenguaje cotidiano. El lenguaje no es un instrumento neutral que representa una realidad inalterable; por el contrario, moldea y crea el mundo en el que vivimos; nos abre nuevas perspectivas y nos permite comprender a aquellos cuya opinión difiere de la nuestra; o, por el contrario, nos condena a una lógica maniquea y excluyente, carente de matices y en la que solo existen correligionarios o enemigos.

Los efectos de dichos hábitos lingüísticos no se perciben de inmediato, sino gradual pero inexorablemente; nos impiden ver los puntos en común y los posibles consensos, y solo atraen aquello que nos separa y divide.

En 2018, la Fundación Konrad Adenauer en el Perú decidió embarcarse en este proyecto al percibir los efectos ya graves del clima de polarización reinante. Hoy, las prácticas que esa primera edición ilustraba tan claramente mantienen plenamente su vigencia. Sin embargo, debemos negarnos a aceptar profecías, especialmente cuando estas son en realidad el resultado de nuestras propias acciones. En este sentido, la segunda edición de *Más allá de fachos y caviars* debe ser, finalmente, un llamado a la acción y al cambio *ad portas* de unas elecciones presidenciales históricas que determinarán si las aspiraciones de nuestro pasado pueden construirse en una agenda para el futuro de todos.

Lima, diciembre de 2020

Prólogo



El asesinato de Manuel Pardo, el 16 de noviembre de 1878, fue precedido de una intensa campaña en su contra desplegada por un periódico llamado *La Mascarada*, a partir de acusaciones no comprobadas y de difusión de todo tipo de rumores. De hecho, el asesino, el sargento Melchor Montoya, declaró en el juicio al que fue sometido, que los periódicos, y, en especial, *La Mascarada*, habían influido en su fatal determinación de poner fin a la vida del presidente del Senado, quien, además, por cierto, había sido el primer civil en ejercer la presidencia de la República entre 1972 y 1876, tras la larga hegemonía militar. El clima que se vivía en ese momento era de una extrema polarización.

Años después del crimen, unos seguidores de Pardo entraron a un pequeño restaurante limeño y se percataron de que la dueña velaba la foto del asesino del líder de su partido. Al preguntar por las razones de ese extraño proceder, la señora respondió que el militar había sido un buen hombre, pues había matado a quien ella consideraba como «muy malo». La respuesta cayó como un balde de agua fría a los civilistas, quienes salieron acongojados del local, comentando sobre el

trastocamiento de la realidad que era la característica en la volátil esfera pública del siglo XIX.

Es decir, la hegemonía del pensamiento binario que divide a las personas entre «buenas» y «malas», sin tener en cuenta la complejidad de la vida y del accionar humano, y que el innovador libro de Francisco Belaunde analiza en detalle, no es una novedad en el Perú.

Los orígenes de la polarización política pueden ser rastreados en los albores de la República, cuando la prensa adquirió un rol protagónico frente al derrumbe de las instituciones virreinales.

En los años y meses previos a la Independencia (1819-1820), en nuestra Lima, caracterizada por su densa neblina, la lucha por el control y el poder ocurrió en una nebulosa de espionaje, ajustes de cuentas clandestinos y la más absoluta desinformación, en un contexto de miedo y crisis social y económica. El propio general San Martín fue un generador de lo que ahora llamamos *fake news*. En esa guerra comunicacional que, en coordinación con Bernardo O'Higgins, el general rioplatense planteó para la capital, el papel central le correspondió a la prensa, pero también se recurrió a los volantes y a los panfletos, así como a una intensa campaña de rumores. Fue así que, desde su periferia, aunque con la ayuda de agentes internos, Lima fue cercada, no solo por un ejército, sino por un ataque virtual que, para

usar un término contemporáneo, se viralizó. Esta campaña de desinformación masiva tuvo por propósito fomentar el desconcierto; y, con ello, la neblina de la guerra se superpuso a la tradicional nubosidad de la urbe.

Posteriormente, tras el golpe de Estado de 1829 contra el presidente democráticamente elegido, el mariscal José de La Mar, se fue definiendo esa suerte de parodia republicana en la que, a falta de instituciones sólidas, la prensa jugó un papel clave en innumerables combates virulentos durante los cuales descalificar al rival y asesinarlo simbólicamente era un procedimiento rutinario.

Uno de los expertos en la guerra de papel, en la que el racismo y el clasismo eran parte de la munición utilizada contra el rival, fue ni más ni menos que Felipe Pardo y Aliaga, padre de quien, en 1878, fuera alcanzado por una bala tras haber sido también objeto de un homicidio simbólico en el periódico de nombre carnavalesco.

Para dar una aproximación al ambiente vivido en la Lima de la prosperidad falaz, es importante citar extractos del poema «Constitución Política (en broma)», de Pardo Aliaga, en el cual se refiere crudamente a «la parodia del pueblo soberano; el entremés del popular sufragio» y a «los campos sin producción, fisco sin renta, inculta plebe y licenciosa imprenta». La corrupción ocasionada por el guano aparecerá una y otra vez en la poesía de Pardo y Aliaga, para quien el

Perú tuvo la oportunidad de ser una nación grande, pero vino el guano con su legado de «vejez precoz» y «vil libertinaje».

De los excesos de la prensa dará cuenta un cónsul francés que escribió en uno de sus informes que, en el Perú, la «licencia de la prensa» sobrepasaba todos los límites; el mismo general Castilla, que gobernaba entonces, se enfrentaba «diariamente a sus desbordes».

La Guerra del Pacífico (1879-1883) nos sorprendió quebrados, desorganizados y divididos a tal punto que, ni siquiera ante tamaño desafío, la polarización amainó. Ni el mismísimo Miguel Grau, quien se quejaba en privado del maltrato de la prensa, se libró de la poderosa tendencia de eliminar simbólicamente al potencial adversario, así este se encontrase combatiendo para defender al Perú.

Los años de la ocupación chilena marcan una cierta tregua debido a la censura practicada por el invasor, aunque los, al menos, tres gobiernos simultáneos que tuvo el Perú en esos aciagos años no dejaron de atacarse con virulencia. Más aún, tras el retiro de las tropas sureñas, se dio paso a una guerra civil que también se libró a través de los panfletos y la prensa efímera de la época.

El Oncenio fue otro momento de confrontación intensa, en la que, al grito de «¡Muera la argolla!», en referencia a los civilistas, las plumas de decenas de periodistas alineados

con el gobierno de Augusto B. Leguía dieron rienda suelta a la mayor agresividad, como paso previo, muchas veces, al destierro de muchas figuras de la época. Así, se escribieron frases como esta: «Nosotros que somos el huracán arrollador de la opinión pública, que sabe derribar tiranos, esperamos que suene la hora suprema de las grandes reivindicaciones para arrancar con mares de lava humeante esta podredumbre social y política capitaneada por la célebre y maldita Pandilla». La «política del espectáculo», que, junto con los préstamos extranjeros, apuntaló al régimen, favoreció la virtualización de la política a partir del ensalzamiento de la figura de Leguía, el autoproclamado salvador del Perú.

Se ha hablado de las similitudes entre el fujimorismo y el leguismo. Pienso que, con todas las diferencias que existen y de las cuales no me ocuparé en este breve prólogo, hay, ciertamente, tendencias que se repiten. Una de ellas — crucial— es la degradación de la política, a través de diarios gobiernistas, conocidos colectivamente durante el fujimorato como «prensa chicha», cuyo objetivo fue exacerbar la polarización, mediante el maltrato al adversario hasta los límites de lo imaginable. Es en este periodo en el que es posible aplicar la noción del binomio «simulación y simulacro» discutida por Jean Baudrillard respecto a la hiperrealidad, en la que se irá incubando la visión reduccionista del otro que no admite análisis ni contextualización. Este simplismo va paralelo a la lenta desaparición de las ciencias humanas del currículum —entre ellas, la historia— y la sustitución por

otras áreas, donde los «comunicadores» manejarán, junto con los analistas y los opinólogos, la producción de lenguaje y de contenido político.

La revolución tecnológica, con una nueva frontera semejante a una suerte de Far West virtual, ha creado las condiciones para espacios de lucha permanente donde la letra, ahora con unos cuantos tuits, todo lo aguanta y todo lo simplifica. En el camino se destruyen honras y, en algunos casos, incluso vidas humanas que no pueden resistir la virtualización de la crueldad. Estudios recientes señalan que el cambio en las preferencias de la audiencia de los medios de comunicación tradicionales a las fuentes digitales ha transformado la forma en que las personas siguen la política y el tipo de información a la que acceden. Una parte importante de la población mundial recibe las noticias por sus redes sociales, lo que contribuye a la insularidad política, la polarización y la falta de civismo. Por otro lado, el surgimiento del «universo Twitter» ha alterado fundamentalmente la forma en que los políticos, los ciudadanos y la prensa transmiten la información, incluidos los mensajes de gran importancia para la nación.

Twitter y otras redes sociales han avanzado en la proliferación de la desinformación, mediante la viralización de las *fake news*. Es importante destacar que la presidencia de Donald Trump, que trató de negar la COVID-19 que contrajo este por irresponsabilidad, ha marcado el comienzo de una era de «gobierno por tuit». Los políticos de todas partes del mundo

hacen declaraciones importantes a través de Twitter. La situación anterior se complica porque transcurre en un espacio donde la propagación de «desiertos de noticias», lugares donde los medios de comunicación locales han desaparecido, compromete la capacidad de los medios institucionales de verificar hechos falsos difundidos por las redes sociales.

En suma, el libro de Francisco Belaunde es importante porque nos invita a resistir la tendencia que nos divide y que ocurre diariamente en el mundo virtual; asimismo, nos propone vías para mantenernos alertas y bien informados, para evitar ser arrastrados por la vorágine de la polarización. Como él muy bien señala, de lo que se trata es que cada uno de nosotros pueda dotarse de una disciplina que nos permita hacer frente a la tentación de la discusión binaria y del tuit y del *post* afiebrados e impulsivos. Todos somos soldados de la resistencia frente a una cultura divisiva que poco favor le hace a la construcción de la tolerancia y la civilidad, pilares de la democracia.

Introducción

La política es, o debería ser, la búsqueda continua y permanente del bien común.

Que, a través de las elecciones, un determinado contingente de ciudadanos, que llamamos «políticos», reciba el encargo de asumir gran parte de esa tarea no implica que los demás renunciemos a toda participación.

Por el contrario, no solo votamos, sino que podemos opinar libremente y manifestarnos en las calles cuando lo estimamos necesario. Es decir, todos estamos llamados a tener un papel en la política y, por lo tanto, asumimos una responsabilidad por lo que acontezca en ese ámbito.

Desde esa perspectiva, nos toca contribuir a que el debate —sano e indispensable en toda democracia— no se envilezca, hasta llevarnos a niveles muy peligrosos de enfrentamiento, como está ocurriendo últimamente en el Perú. Que situaciones similares se estén dando en distintos lugares del mundo no es un consuelo ni, mucho menos, un pretexto para no reaccionar.

Estamos todos en el mismo barco, así que, desde el lugar que ocupemos los políticos, los periodistas, los líderes de opinión y los demás ciudadanos, tenemos la obligación de hacer todo lo necesario para evitar encallar contra las rocas de la autodestrucción.

Hace dos años fue publicada la primera edición de este libro, cuyo objetivo fue proporcionar algunas sugerencias para sostener debates que ayuden a

la democracia; es decir, que se sustenten en argumentos y no en insultos, descalificaciones y ataques al que piensa distinto.

Los conceptos vertidos entonces permanecen vigentes y, más aún, en un contexto de grandes dificultades para el Perú, debido a la pandemia de la COVID-19, causante no solo de la muerte de miles de personas, sino, también, de la peor recesión de nuestra historia, con todo lo que ello implica en términos de pérdidas de empleo y de aumento de la pobreza. Requerimos, más que nunca, ser capaces de escucharnos para llegar a consensos que nos faciliten hacer frente al actual momento sin que ello implique renunciar al disenso y al derecho a la crítica.

Esta segunda edición busca responder a esta necesidad, recordando lo señalado en la primera y añadiendo algunas ideas adicionales, así como nuevos y desafortunados ejemplos de ciertos comportamientos en medios y redes sociales que, como sociedad, nos convendría dejar de lado.

En este trabajo no nos limitaremos a la confrontación que pone en escena exclusivamente a los políticos —por ejemplo, los choques entre gobiernos y parlamentos—, sino que también pondremos de relieve a la que involucra a líderes de opinión, periodistas y ciudadanos en general. En suma, nos referimos al debate político que se da en los medios y en las redes sociales.

En efecto, el intercambio de frases agresivas, insultantes y calumniosas exagera el clima de enfrentamiento y lo lleva a extremos que muchas veces ni siquiera se condicen con los grados de discrepancia de fondo entre las diferentes posturas, lo que hace muy difícil llegar a los consensos que son indispensables para la viabilidad de la democracia.

Revisemos entonces la manera en que ejercemos nuestro derecho a la libre expresión y veamos en qué podemos modificarla. Sin duda, se trata de una tarea ardua.

Empezaremos definiendo qué es la opinión. Muchas veces, en este término se incluyen equivocadamente las injurias, las insinuaciones calumniosas y las difamaciones. Además, con frecuencia tendemos a sacralizar nuestras opiniones y a aferrarnos a ellas con furia, como si se tratase de la verdad absoluta. Esto resulta extremadamente paradójico pues en el concepto mismo de «opinión» está implícita la noción de «falta de certeza». Conviene entonces precisar las cosas.

Es necesario, también, poner en perspectiva nuestras discrepancias, lo que implica recordar el contexto político peruano y mencionar las líneas de fractura existentes.

Asimismo, presentaremos un breve léxico de adjetivos utilizados y expondremos una selección de frases aparecidas en las redes y en los medios.

Finalmente, como conclusión, propondremos algunas líneas de conducta, como aporte al esfuerzo que todos debemos desplegar para calmar las aguas tormentosas en las que podemos terminar ahogándonos. De este modo, esperamos contribuir a que el clima político en el país se vuelva más constructivo y menos destructivo.



La dinámica de la polarización

1. LA CONFRONTACIÓN

La confrontación es parte inseparable de la actividad política, más allá de que el fin último de esta sea noble.

En primer lugar, los partidos, los movimientos y los individuos compiten entre sí para alcanzar y conservar los puestos de poder que les permitan cumplir la vocación de servicio público que, en principio, los motiva.

En ese afán, cada uno tiene que convencer al electorado de que es la mejor opción respecto de los otros. Obviamente, nadie se limita a hablar de sus propias bondades, sino que, al mismo tiempo, busca desmerecer a los rivales. En un mundo ideal, ese objetivo sería cumplido únicamente a través del contraste público de ideas y de propuestas en el que cada cual se esforzaría por mostrar la solidez de las suyas y la debilidad e inviabilidad de las otras.

Sin embargo, en la realidad no ocurre así: todos, en mayor o menor medida, entran en la lógica del ataque al rival. Es así que se le describe de manera desfavorable y, por ende, se le atribuyen intenciones contrarias al interés general, así como diversos defectos; además, se utilizan en su contra aspectos de su biografía profesional y política que pueden dejarlo mal parado.

Nada de esto es necesariamente ilegítimo, a condición, claro, de no caer en la difamación, la insinuación calumniosa, el insulto o la explotación de la vida privada del contrario.

Por otro lado, como toda actividad que apunta a un objetivo, la política, en su dimensión de búsqueda del bien común, genera discrepancias sobre lo que hay que hacer para alcanzarlo. Durante mucho tiempo, las diferencias se han dado de manera muy marcada en el plano ideológico, lo que ha puesto en juego concepciones distintas de la naturaleza humana y, sobre esa base, se han desarrollado los postulados liberales, socialistas, comunistas, anarquistas y demócrata cristianos, entre otros. En estas épocas, tras la caída del Muro de Berlín, se habla mucho del «fin de las ideologías». No obstante, si bien es verdad que se ha producido una confluencia hacia la aceptación, aunque sea resignada, de preceptos liberales como los del capitalismo y la democracia, se está lejos de una homogeneización del pensamiento. En particular, hay discrepancias fundamentales sobre el grado de intervención del Estado en la economía que se expresan en las diferencias entre las políticas de los diversos gobiernos. La irrupción de la pandemia de la COVID-19, con sus terribles consecuencias económicas, está dando un nuevo impulso a los debates al respecto.

Por cierto, también entran en liza las legítimas ambiciones personales y los egos más o menos grandes de los diferentes actores.

Por último, intervienen los intereses particulares que pugnan por prevalecer por sobre el bien común.

2. LA OPINIÓN

2.1. La opinión en general

Podemos decir que la opinión es una percepción. De manera general, se pueden identificar tres tipos de opinión: la hipótesis o conjetura, el juicio de valor y la expresión del gusto.

2.1.1. La opinión-hipótesis

Filósofos como Platón han disertado respecto de la opinión. Sobre esa base, podemos definirla como una visión de la realidad que se construye a partir de lo que se conoce y que se completa con el razonamiento. Es decir, la opinión se ubica entre la ignorancia y el conocimiento, más cerca de la una o del otro, según sea el caso.

Dentro del razonamiento podemos incluir lo que llamamos el «olfato» o la intuición.

La opinión-hipótesis es la que más corresponde a esa definición. Así, por ejemplo, si se nos malogra el auto, no sabremos cuál es la causa hasta que llegue el técnico y lo examine. Un amigo nuestro que busca ayudarnos podría elaborar una hipótesis sobre la posible falla si conoce un poco de mecánica, pero lo que diga será solo una opinión.

Igualmente, si nos enteramos de que un familiar ha sido despedido de su trabajo, a falta de conocer las razones, podemos especular, a partir de lo que sabemos o hemos escuchado anteriormente sobre el desempeño o las relaciones de ese familiar con sus superiores. Lo que digamos al respecto será solo una opinión, más allá de que, luego, resulte que nuestra conjetura era acertada.

Lo mismo sucede cuando, al presentarse súbitamente una grave crisis en una empresa bancaria, y ante la necesidad de tomar medidas inmediatas sin esperar un estudio completo de la situación, los responsables son convocados a una reunión de emergencia para tomar decisiones. A falta de tener un panorama claro, lo que se exponga en la cita no serán diagnósticos certeros, sino opiniones, por más ilustradas que sean. Ciertamente, lo más probable es que sean discrepantes entre sí.

Por ello es que cuando se quiere emitir una opinión-hipótesis, es usual precederla de expresiones como «creo», «pienso», «en mi opinión», «hasta donde sé», «por lo que se me ha informado», entre muchas otras posibilidades. Es, ante todo, una muestra de honestidad intelectual y de consideración hacia los interlocutores.

Además, es lo prudente, pues, de esa manera, protegemos nuestra credibilidad que no sufre mella, o muy poca, si resulta que nos equivocamos. No aparecemos como personas que hacen afirmaciones sin ton ni son y a las que luego la realidad desmiente constantemente.

Por cierto, el espíritu de un intercambio de opiniones entre expertos que tienen que tomar decisiones es obviamente distinto del que sostienen personas comunes y corrientes que comentan en un café o en las redes. Los primeros necesitan que la conversación sea constructiva, aunque también pueda ser acalorada por momentos, para llegar a conclusiones que les sirvan de base para las determinaciones que tomen. Los segundos no tienen ese apremio, pero, por lo señalado antes, lo óptimo es que también mantengan un clima de respeto entre ellos. Y es que, en principio por lo menos, la opinión tiene —o debería tener— la calidad de aporte, para beneficio de todos. En materia política, lamentablemente, muchas veces no ocurre así.

2.1.2. La opinión-juicio de valor

Es la apreciación que se tiene de una persona en función de lo que se conoce o se cree conocer de ella. Igual sucede en el caso de una entidad o institución. Puede emitirse un juicio en términos morales o de desempeño profesional, entre otros aspectos. Así, podrá decirse que tal alcalde es honesto o deshonesto o que tal empresa es eficiente o ineficiente.

También comprende la apreciación, no de la persona o entidad, sino de su desempeño: si se le considera bueno, regular o malo, según sea el caso.

Podemos incluir en este rubro los posicionamientos a favor o en contra de determinadas posturas o propuestas.

En el caso de la opinión-hipótesis podemos establecer con cierta facilidad si estábamos equivocados; así, en el ejemplo del automóvil, salimos de dudas sobre el origen de la falla al recibir el diagnóstico del mecánico.

En el caso del juicio de valor, en cambio, es más difícil y hay un gran margen para la subjetividad.

En primer lugar, porque los comentarios de los técnicos en quienes nos apoyamos para formar nuestra opinión no suelen ser el resultado de estudios efectuados por ellos por un encargo profesional, con toda la rigurosidad que ello implica; se dan ante los requerimientos de la prensa que los entrevista o en las redes sociales y se centran en uno o dos aspectos de una gestión. Además, los medios tienden a reproducir solo parte de las declaraciones o a destacar en sus titulares unas en vez de otras. En estos tiempos, cada vez menos nos damos el trabajo de ir más allá de los encabezados y de leer con atención y sentido crítico las entrevistas y los artículos.

Otro factor de distorsión, por cierto, son las rivalidades y los celos profesionales entre los especialistas que pueden entrar en juego al momento de pronunciarse.

Por otro lado, con frecuencia nuestras apreciaciones son prematuras, pues no tenemos en cuenta que se requiere tiempo para que muchas medidas adoptadas por el funcionario de quien opinamos surtan efecto.

Finalmente, cada vez tendemos más a hacer caso únicamente a los comentarios que refuerzan nuestros juicios de valor y descartamos de plano los que podrían modificarlos o, por lo menos, enriquecerlos o matizarlos.

2.1.3. El gusto

El gusto es la apreciación que podemos tener respecto de una obra artística, un traje o el color de un auto. Aquí se aplica el dicho «Entre gustos y colores no han escrito los autores». Es decir, las discusiones en ese campo no tienen mucho sentido, salvo entre los especialistas del marketing y la publicidad.

2.2. La opinión política

2.2.1. La opinión política-hipótesis

En medio de la pandemia de la COVID-19, el expresidente Martín Vizcarra realizó dos cambios de gabinete, además de reemplazos puntuales de ministros. Con ocasión de cada una de estas medidas, los comentaristas tejieron un sinnúmero de hipótesis sobre los factores que llevaron a ellas, sobre los nombres de los futuros ministros o sobre los giros posibles que podían significar en términos de la acción del gobierno, entre otros aspectos. Ello, a partir de determinados datos de dominio público y de otros presentados como revelaciones de fuentes internas del poder consultadas expresamente para los análisis en los medios y en las plataformas virtuales.

El lenguaje utilizado en general para exponer las conjeturas incluyó palabras y frases del tipo «es posible», «hay razones para pensar» o «hasta donde se sabe», entre otras. Es el típico caso de opinión-hipótesis, a la que, por definición, le corresponde una formulación prudente. Para los lectores y los oyentes estaba claro que no se estaba afirmando nada y que quedaba a criterio de cada uno apreciar la verosimilitud de lo señalado.

Sin embargo, no siempre ocurre así. Hay quienes exponen sus hipótesis como quien hace una afirmación, como si hablaran de hechos comprobados. Peor aún, muchas veces ni siquiera se apoyan en datos sólidos a partir de los cuales puedan inferir, con un mínimo de lógica, el escenario que plantean. Esto se da claramente en el caso de las hipótesis calumniosas. Eso sucede, por ejemplo, cuando se dice con toda seguridad que tal fiscal o tal juez actúa en contubernio con alguna autoridad o un líder partidario.

Es lo que hacen en varias ocasiones los políticos. Como es obvio, con mucha frecuencia, sus opiniones no son sinceras. No dicen tanto lo que realmente piensan, sino lo que es beneficioso para su posición o perjudicial para la del adversario. Los periodos de escándalos de corrupción, como los que vivimos actualmente, y de campaña electoral son propicios para este tipo de actitudes. Por cierto, muchos no tienen empacho en desdecirse después, de acuerdo con las circunstancias.

No obstante, no se trata de generalizar ni de caer en la antipolítica: la sinceridad, la ecuanimidad y el respeto también existen entre los políticos. A ello hay que añadir que, por su parte, no pocos periodistas y comentaristas también exponen sus opiniones-hipótesis como verdades incuestionables y actúan más en la lógica de quien forma parte de un bando que como analistas. No dudan, además, en «adornar» sus dichos con adjetivos despectivos o insultantes hacia los actores con los cuales no simpatizan.

Igual sucede con innumerables ciudadanos de a pie que se expresan en las redes.

2.2.2. La opinión política-juicio de valor

En el terreno de la discusión política es muy fácil caer en la difamación, encubierta de opiniones-juicio de valor. Así, se tilda frecuentemente de «corruptos» a diferentes actores, solo a partir de conjeturas que, aun cuando puedan ser verosímiles, no constituyen, en modo alguno, hechos comprobados.

Por otro lado, muchas veces las opiniones-juicio de valor sobre la eficiencia o la ineficiencia de tal o cual autoridad responden más a simpatías o antipatías políticas que a análisis serios y con conocimiento de las respectivas gestiones.

Asimismo, a la hora de mostrarse a favor o en desacuerdo de una propuesta legislativa, como, por ejemplo, la restitución de la pena de muerte, suele pesar bastante el cálculo político.

También forman parte de esta categoría los términos y los nombres propios utilizados a modo de calificativo metafórico, como, por ejemplo, «emperatriz», con el que un periodista se refirió a Keiko Fujimori para hacer referencia al autoritarismo que se le atribuye. También se puede mencionar «Atila», para designar al exalcalde Luis Castañeda, por la realización de obras que implicaron la desaparición de un gran número de árboles. Otro ejemplo es «Al Capone», para aludir a un político que se considera corrupto y mafioso. Esto último, por cierto, podría interpretarse como un caso de difamación.

2.2.3. Combinación de los dos tipos de opinión en los artículos periodísticos

Las columnas y los editoriales de los medios suelen mezclar la descripción de hechos conocidos e hipótesis sobre hechos desconocidos o supuestas intenciones ocultas de los actores, así como de lo que podría acontecer

en corto, mediano y largo plazo. A ello se añaden los juicios de valor, en las diferentes modalidades.

Frecuentemente se combina el análisis con una toma de posición, que puede implicar expresiones de indignación o la formulación de propuestas como alternativa a lo que se critica, entre otras posibilidades. A ello se pueden añadir calificativos, así como, en no pocas ocasiones, difamaciones directas o sibilinas mediante insinuaciones calumniosas y asociaciones abusivas de ideas y de imágenes fotográficas que ilustran los escritos. También, por cierto, a veces se recurre al insulto.

2.3. Modos particulares de emisión de la opinión

2.3.1. La opinión-eslogan

Ciertamente, sucede muchas veces que una sola frase, e incluso una o dos palabras, pueden ser más dicentes e impactantes que toda una perorata o un artículo respecto de un tema en discusión. Con frecuencia, se convierten en eslóganes, «mantras», y, en estos tiempos, en *hashtags*.

El problema es que, al tratarse de una forma de emitir una opinión que puede ser muy efectiva para la transmisión de una idea o un mensaje, puede ser usada de manera abusiva, privilegiándose el efectismo y la demagogia, en contra de las argumentaciones razonadas. Es decir, usualmente, los políticos —y, por cierto, también los no políticos— recurren al eslogan como manera de «responder» a una formulación articulada que no pueden rebatir, lo cual rebaja el nivel de los debates.

Una ilustración muy clara nos es proporcionada por el presidente de Estados Unidos Donald Trump, quien suele tuitear repetidamente las palabras «Law and Order» como respuesta a las críticas que recibe por

su manejo de las protestas desatadas en reacción a la muerte de George Floyd a manos de la policía.

2.3.2. La opinión-imagen

Las caricaturas publicadas en los diarios y en las revistas constituyen claramente una forma de opinión y, en función del talento y de la inspiración de sus autores, pueden ser también un mecanismo muy poderoso de transmisión de lo que se piensa.

Sin embargo, también se pueden prestar al abuso, ya que, con la excusa del humor, se pueden formular acusaciones graves contra las personas, sin sustento alguno. Es decir, mediante una caricatura publicada en un medio, se puede difamar y, en general, mentir o caer en la burla insultante.

En esta misma categoría podemos incluir, sin duda, a los memes, la forma moderna de comunicación jocosa a través de las redes sociales, con las mismas virtudes y riesgos que los indicados para la caricatura.

2.3.3. La opinión-parodia

En la televisión, la radio, los teatros y otros locales hay programas y espectáculos en los que se parodia a políticos y a otros personajes públicos, mediante *sketches* y diálogos jocosos.

Con frecuencia, constituye una manera para los libretistas de transmitir mensajes y, en especial, de emitir opiniones sobre la actualidad política.

En muchos casos, también, como sucede con las caricaturas y con los memes, puede dar lugar a excesos; ello, cuando los imitadores no se contentan con remedar gestos o expresiones de los imitados, sino que les hacen protagonizar actos delincuenciales y, sobre todo, de corrupción, si se trata de políticos. Aunque sea bajo la tónica del humor, es una forma de

emitir acusaciones contra estos, lo que podría constituir actos de difamación camuflada —lo que ocurre en no pocas ocasiones—.

2.4. La información, condicionante de la opinión

Una parte mínima de lo que conocemos —o creemos conocer— de la realidad corresponde a lo que captamos directamente a través de nuestros sentidos.

La inmensa mayoría responde a dichos de familiares, amigos, profesores, periodistas, sociólogos, historiadores, economistas y científicos, entre una infinidad de fuentes.

Cada persona cree o no en la veracidad de lo que escucha o lee, en función de la credibilidad que le otorga a la fuente, lo que, a su vez, depende de una serie de factores que varían y pueden combinarse según los casos.

Uno de ellos es el respaldo científico o investigativo que tiene el dicho.

Otro es, naturalmente, la identidad de la persona que afirma algo. Si goza de prestigio, estaremos más dispuestos a creerle. Igualmente, si ejerce algún grado de autoridad, como nuestros padres, los profesores o los guías espirituales.

Por otro lado, suele creerse más fácilmente a las personas del entorno propio que a los extraños.

También ocurre mucho que lo que determina si se da o no crédito al dicho de alguien es si se comparte o no la misma manera de pensar. Es decir, se tiende a prestar oídos, de preferencia, a lo que refuerza la propia convicción.

En ese sentido, puede plantearse un problema con las personas que buscan informarse casi exclusivamente a través de las redes sociales y que son cada vez más numerosas; ello, porque las empresas de internet, que viven de la publicidad, segmentan a sus usuarios en función de sus preferencias, detectadas por algoritmos a través de los *likes* y comentarios a las publicaciones. Sobre esa base, filtran los contenidos y hacen llegar a los usuarios fundamentalmente aquellos que, según determina el sistema, corresponden a su forma de pensar. El resultado eventual de ese proceso, conocido como *filter bubble*, es encerrar a las personas en «burbujas» ideológicas, lo que hace que les sea más difícil aceptar posiciones discrepantes. Con ello, no solo pierden la posibilidad de enriquecer sus visiones, sino que se vuelven menos asequibles al diálogo. Este fenómeno, ampliamente estudiado y objeto de una vasta literatura, puede constituir un riesgo para la democracia.

Otro punto por considerar es que, demasiadas veces, se confunde la información con meras sospechas, especulaciones o hipótesis. Las redes sociales están llenas de afirmaciones sobre hechos imaginados por sus autores. Sin duda, estos pueden no estar descaminados y lo que han imaginado mediante el razonamiento y a partir de datos reales resulta ser cierto. Sin embargo, en tanto no exista una comprobación, no se pueden hacer afirmaciones al respecto ni presentar indebidamente una especulación como información. Muchos incurren en ello de mala fe; otros, porque están tan convencidos de lo que han imaginado que se apresuran en afirmarlo. Es decir, confunden realidad y convicción propia. Esta, por cierto, suele obedecer a prejuicios, antipatías políticas, enconos y creencias ideológicas y religiosas, entre otros condicionantes. Por esa vía, se puede caer en la difamación.

La industria de las *fake news*

En todas las épocas han existido las falsas noticias. En tiempos pasados, su diseminación se daba fundamentalmente a través del rumor. Luego, entraron a tallar la prensa y los demás medios de comunicación, en especial, bajo los regímenes totalitarios fascista, nazi y comunista.

Ahora, con el advenimiento de las redes sociales, existe una verdadera industria de la mentira y de las *fake news*, con un nivel de difusión nunca antes visto.

No solo se inventa y se miente con palabras, sino, también, mediante las imágenes, pues se editan maliciosamente fotos y videos.

El objetivo puede ser construir una buena imagen de un determinado actor político, pero las más de las veces se hace como ataque, para desacreditar al adversario, lo que genera lo que es muy importante: una reacción emotiva en contra de aquel; es decir, de indignación o cólera.

A escala global, son conocidas las campañas de desinformación para intervenir en la política interna de diferentes países, para favorecer a candidatos o generar ansiedad y furia en las poblaciones con fines de desestabilización.

Las teorías de conspiración se multiplican, y aún más, en estos tiempos de «guerra cultural» que enciende particularmente las redes en torno a una serie de temas sociales y políticos.

El resultado es una grave distorsión de las opiniones, lo que las hace menos racionales y, a su vez, afecta las posibilidades de debates constructivos.

3. LA IMPORTANCIA DE LAS FORMAS EN EL DEBATE

En los debates, las buenas maneras abren mentes y las malas les ponen candado.

Si se desciende al nivel del insulto y de la actitud destemplada, es muy difícil no solo que las personas se escuchen y puedan ser receptivas a los argumentos de los otros, sino también que acerquen sus posiciones y puedan llegar a consensos.

Ello no quiere decir, claro está, que las posiciones no deban ser expresadas con firmeza ni que no pueda darse rienda suelta a la indignación. Es natural que los intercambios sean intensos, pues el debate no es una conversación de salón.

De lo que se trata, en cambio, es de mantener siempre el respeto, sin el que no hay enriquecimiento de las visiones ni acercamiento posibles.



La línea de fractura peruana

El tablero político en diversos países es o ha sido bipartidista, con dos grandes fuerzas rivalizando entre sí: los republicanos y los demócratas en Estados Unidos; la democracia cristiana y la social democracia en Alemania; la izquierda y la derecha clásica en Francia, entre otros.

En el Perú no ha ocurrido lo mismo. Lo que hemos tenido es la existencia de una fuerza con mayor peso relativo que las demás, con la característica de generar una aguda polarización. Frente a sus numerosos seguidores, se ha situado gran parte del resto de la población, con sentimientos intensos de rechazo, y hasta viscerales, en muchos casos.

Es, obviamente, el caso histórico del APRA, que dominó el escenario desde inicios de la década de 1930 hasta no hace muchos años. La militancia y la veneración de sus adherentes por el fundador y jefe Víctor Raúl Haya de la Torre alcanzaron ribetes casi religiosos, aun cuando este no llegó nunca al poder. Ello es atribuible, sin duda, al enorme carisma y a la gran capacidad oratoria del personaje, así como por el largo periodo de persecución sufrido a manos de las autoridades. Ciertamente, la clandestinidad forja fuertes lealtades. Sin embargo, esta agrupación está actualmente en declive, al punto de haber alcanzado una exigua representación parlamentaria en las Elecciones Generales de 2016 y no haber superado la valla mínima para contar con una en los comicios de enero de 2020, convocados tras la disolución del Congreso por el expresidente Vizcarra.

El otro caso es el del fujimorismo que, hasta antes del último proceso electoral, era la mayor fuerza política, con la preferencia de alrededor de un tercio del electorado. Si bien ha retrocedido bastante, de todos modos, en medio de un paisaje muy fragmentado, sigue teniendo un peso significativo.

En este caso, no estamos frente a un partido como el APRA; se trata más bien de un apellido-marca exitoso, por la popularidad que mantiene el expresidente Alberto Fujimori entre un porcentaje importante de la población. La naturaleza de ese apego es obviamente muy distinta de la que despertaba Haya de la Torre. Puede ser considerado, en gran parte, como un agradecimiento por la gestión gubernamental llevada a cabo entre 1990 y el año 2000. Ello no puede ser entendido sin tener en cuenta la casi apocalíptica situación en la que se encontraba el Perú en 1990, cuando el entonces novel político llegó al poder tras la elección de ese año. La desesperanza por el avance del terrorismo y el calamitoso estado de la economía era general. Al cabo de una década, sin embargo, Sendero Luminoso y el MRTA habían sido derrotados casi completamente y el país crecía y atraía inversiones. Debe añadirse también el activismo de Fujimori al construir caminos, colegios o postas médicas en lugares alejados y desdeñados hasta entonces por el Estado.

Es decir, se trata de una adhesión que podría considerarse como de tipo pragmático, pero que responde a sentimientos muy fuertes: el alivio por haber dejado atrás una suerte de infierno y el reconocimiento por haber sido rescatados del olvido a través de las obras.

El otro lado de la moneda, constituido por el autoritarismo y la enorme corrupción que también caracterizaron al régimen, no pesa lo mismo, por lo visto, en el ánimo de esa parte de la población.

Otro gran sector, por el contrario, tiene solo —o sobre todo— ese lado en mente. Está conformado por las diferentes facciones de la izquierda y la

derecha liberal, y reúne tanto a numerosos intelectuales como a líderes de opinión. A ellos se suma un espectro significativo de estudiantes, jóvenes profesionales y ciudadanos en general. Su peso electoral se ha traducido en dos ocasiones en la derrota, ajustada, pero derrota al fin, de Keiko Fujimori, hija de Alberto, en la segunda vuelta de los dos últimos comicios presidenciales. Esta postura de rechazo sin concesiones al régimen de 1990-2000 llega hasta el punto de la descalificación moral *a priori*, no solamente del político fujimorista sino de sus votantes.

A lo anterior se añade una suerte de «fractura dentro de la fractura» y concierne a la parte del antifujimorismo conformada por la galaxia de la izquierda. Es bastante diversa, pero entre los movimientos políticos, las ONG, los intelectuales y los líderes de opinión que la componen se pueden distinguir, *grosso modo*, dos corrientes principales.

La primera es claramente autoritaria y no ha roto plenamente con la herencia cultural marxista-leninista, aun cuando ya no plantee la instauración del comunismo. Es, pues, la que ahora es calificada de «populista».

Por su parte, la otra sí se ha plegado al sistema democrático. Muchos de sus representantes más conspicuos han sido dirigentes y militantes de la gran cantidad de partidos y movimientos marxistas-leninistas de las décadas de 1970 y 1980. Ahora, sin embargo, han asumido el papel de defensores celosos de los valores y principios democráticos; en particular, muchos tienen un rol protagónico en la promoción de los derechos humanos, además de hacer suya la causa la protección del medio ambiente.

No obstante, a pesar de tal evolución, no son aceptados como actores políticos legítimos y respetables por buena parte del espectro de la derecha; muy por el contrario, despiertan en este sector un sentimiento de ira irrefrenable, hasta el paroxismo.

Ello tiene que ver, ciertamente y en buena parte, con el largo periodo de zozobra que vivió el país por los atentados de Sendero Luminoso y el MRTA. El activismo de diversas ONG para llevar ante los tribunales a varios miembros de las fuerzas del orden por los excesos de la lucha antiterrorista ha sido mal recibido por muchos. Lo mismo ha ocurrido con los llamamientos a la aplicación de las normas del debido proceso a los subversivos. Se ha visto en ello una «prueba» de que, en el fondo, la izquierda no ha cambiado y que sigue siendo «comunista». Sin embargo, parece irrelevante que, al mismo tiempo, las ONG hayan multiplicado, a veces casi con desesperación, las condenas al terrorismo. También lo es, por lo visto, que su actuación corresponda a lo que prescriben la Constitución y las convenciones internacionales de las que el Perú es parte. Abona en el mismo sentido la defensa del medio ambiente y de las comunidades campesinas e indígenas que cohabitan con las explotaciones mineras y de hidrocarburos. Esta batalla se considera un mero pretexto para oponerse a la empresa privada y a la inversión.

Lo que enciende aún más la furia es que esa izquierda parece erigirse, para algunos, en una suerte de tribunal o de Olimpo, desde el cual dicta sentencias morales en nombre de lo que rechazaron durante muchos años. Otro factor «agravante» es el origen social de muchos de sus miembros: provienen de las familias más tradicionales del país y, para no pocos, dan la sensación de conformar un club cerrado y elitista que mira con desprecio a los demás. Peor aún, ocupan gran parte de los principales cargos en las instituciones académicas más prestigiosas y en otro tipo de entidades, incluso las del Estado. Es decir, son vistos como una casta o «argolla» discriminadora que acapara posiciones de poder y de influencia que no corresponden a su escaso peso electoral.

El calificativo de «caviar», aparentemente infamante, que se le ha endilgado a esa izquierda responde, precisamente, a su supuesto elitismo. Que gran parte de quienes la componen o son identificados con ella tengan en

realidad orígenes sociales diversos no la ha eximido de ser «castigada» con ese término.

No solo eso, diversas personalidades de la derecha liberal también están siendo tratadas de «caviar» por compartir trincheras con la izquierda; en particular, en lo que se refiere a la férrea oposición al fujimorismo y al procesamiento de los violadores de derechos humanos durante la época del terrorismo. El nivel de ira que les ha caído encima ha aumentado a partir de su posicionamiento a favor del matrimonio entre personas del mismo sexo y respecto de otros temas que provocan urticaria en las diferentes iglesias.

La retaliación ha venido, en particular, con el uso de la expresión «derecha bruta y ahorada» o «DBA», acuñada hace ya algunos años, precisamente por un conspicuo representante de la derecha liberal, el periodista Juan Carlos Tafur.

Puede comprenderse entonces la profundidad de la grieta que separa a los peruanos o, por lo menos, a aquellos interesados en la política. Las posibilidades de reducir la intensidad del enfrentamiento y de tender puentes, por no hablar de la tan mentada «reconciliación», parecen bastante reducidas.

Hay que decir que no solo en el Perú se presenta un escenario de polarización. También se da, aunque con las especificidades propias de cada país, en varios otros lugares del mundo.



¿Cómo podemos contribuir a un debate que construya?

Cuando se da una discusión en una reunión y comienza a salirse de control porque la gente empieza a gritarse y a insultarse, siempre existe la posibilidad de que algún participante ponga orden. En cambio, en las redes sociales nadie lo hace, más allá de que Twitter bloquee algunos comentarios porque «pueden herir la sensibilidad de algunas personas». Los que tenemos que poner orden, entonces, somos nosotros, los que debatimos. Más exactamente, cada uno tiene que ponerse orden a sí mismo. Es decir, el nivel del debate depende de cada uno de nosotros.

Ciertamente, ello no es fácil en el contexto que vive actualmente el Perú. Hay un clima de polarización que nos contagia a todos los que o bien estamos en la política o bien la seguimos. Además, con la avalancha de escándalos de corrupción que marcan la actualidad, tenemos muchas razones para indignarnos y enfurecernos. Por ende, es lógico que sintamos ansiedad por el destino del país, y, por lo tanto, reaccionemos airadamente ante determinadas acciones de políticos, del gobierno o del Congreso que consideramos nocivas. También es comprensible que nos indignemos y sintamos cólera ante opiniones que son favorables a esas acciones que rechazamos.

No obstante, no podemos contribuir a la exacerbación del clima de enfrentamiento y ser partícipes del empobrecimiento del debate y llevarlo a

niveles de trifulca. Menos aún si, honestamente, sabemos que si tuviésemos al frente a nuestros interlocutores muy probablemente no nos atreveríamos a lanzarles las acusaciones difamatorias o frases insultantes que, con bastante facilidad, podemos emitir en las redes.

En esa línea, establezcamos algunas reglas de conducta ante el celular o el teclado de la computadora para hacer un comentario en las redes, escribir un artículo periodístico o ante un público al que nos vamos dirigir.

1. INFORMÉMONOS

Es indispensable que estemos informados. No puede haber un debate de calidad entre gente desinformada. Además, el desinformado es el que recurre con más facilidad al insulto.

En primer lugar, obviamente, enterémonos del asunto que queremos comentar. Es lo mínimamente decente por hacer. Abramos las páginas de los periódicos o accedamos a sus páginas web y enterémonos de las diferentes versiones, antes de decir cualquier cosa.

Claro está, no podemos contentarnos con las portadas o los titulares. Estos muchas veces son concebidos para llamar la atención, para vender más o para perjudicar a un partido, a un político o alguna una autoridad, pero que no calzan mucho con lo que se dice en el artículo correspondiente; es decir, son engañosos.

Tenemos que ser particularmente cuidadosos respecto de las noticias que atañen a la actuación de las autoridades. Sin duda, como se ha señalado antes, vivimos una explosión de la corrupción y de actos irregulares. En ese contexto, es comprensible que exista un alto grado de desconfianza y de

suspicacia como lo muestran los sondeos. Por lo tanto, si leemos que en tal oficina pública se ha cometido, supuestamente, un acto doloso, tenderemos a creerlo a pie juntillas; más aún, si de entrada tenemos una mala opinión del supuesto responsable. Sin embargo, que haya mucha corrupción, no quiere decir que no existan funcionarios correctos que se desempeñan con honestidad y profesionalismo. Felizmente, los hay —y muchos— pero, claro, no son los que suelen aparecer en los medios.

Ocurre con frecuencia que se arma un escándalo porque alguien denuncia que una autoridad actuó de una manera determinada y no de otra y, de inmediato, se instala la sospecha de corrupción. No obstante, al final, cuando se dan las explicaciones correspondientes, resulta que el funcionario respetó estrictamente la normatividad. Es decir, se armó un escándalo, ya sea por desconocimiento de los procedimientos legales o, como es muy frecuente, con la intención de perjudicar al denunciado o incluso para forzar su salida. Lamentablemente, su reputación habrá quedado mellada a los ojos de muchos, aunque la verdad se imponga finalmente. Eventualmente, antes de que esto último se produzca, nosotros habremos entrado en un debate en las redes, despotricando de ese funcionario y trenzándonos en un duelo verbal de alto voltaje a partir de información falsa.

Tengamos conciencia de que los procedimientos del Estado son muy complejos; por lo tanto, antes de entrar en la danza de las críticas respecto de un caso objeto de una denuncia, procuremos entender la normatividad aplicable y los detalles de lo ocurrido. Tenemos que ser tanto más cuidadosos en estos tiempos de noticias falsas, o *fake news*, que asolan las democracias en el mundo entero a través de portales de internet supuestamente informativos, y, en general, las redes sociales.

Más allá de todo lo señalado, es preciso tener la costumbre de leer y de ver reportajes y documentales que nos informen. En general, amplíemos nuestra cultura: leamos ensayos, historia, y, por supuesto, literatura; veamos

buen cine, sin que esto signifique, por cierto, renunciar a las películas de entretenimiento.

De este modo, ganamos una perspectiva que enriquece nuestra visión y, consecuentemente, mejora la calidad de nuestros comentarios.

2. DÉMONOS UNOS INSTANTES ANTES DE COMPARTIR UN *POST* O UN *TUIT*

Esto está relacionado con el punto anterior.

Es muy común que, al leer un *post* o un *tuit* que contiene un dato que deja mal parado a alguien que pertenece a una orilla política distinta, los usuarios de las redes se apresuren en compartirlo, sin verificar si la información es verdadera o falsa, y, por lo tanto, sin asegurarse de no estar contribuyendo a la difusión de una difamación.

Así, por ejemplo, se dio el caso de un congresista que fue denunciado en un programa de televisión por una actuación escandalosa y, en Twitter, desde una cuenta, se difundieron fotos de líderes de opinión abrazados, supuestamente, a dicho congresista; muchas personas compartieron las imágenes, pero se comprobó que quien aparecía en ellas no era el congresista, sino otra persona con cierto parecido físico. Obviamente, el objetivo del titular de la cuenta era desprestigiar a los líderes de opinión y muchas personas se prestaron a la maniobra por no tomarse el tiempo de mirar bien las fotos antes de compartirlas.

Peor aún; en una ocasión, una conocida periodista dedicó su columna en un diario a criticar acremente a un político por, supuestamente, haber mandado un *tuit* insultante a una persona. Al final, resultó que el mensaje había sido

mandado desde una cuenta falsa. La periodista pidió disculpas, aunque arguyó que creyó en la veracidad del tuit, porque, según ella, el político en cuestión era perfectamente capaz de mandarlo. Es decir, la mala opinión respecto de alguien la llevó a precipitarse y, en su caso, a hacer el ridículo.

3. NO SACRALICEMOS NUESTRA OPINIÓN

Tal como señalamos más arriba, emitir una opinión no es lo mismo que informar sobre un hecho que conocemos fehacientemente. Por lo tanto, no podemos hacerlo en tono afirmativo y perentorio. Procuremos entonces precederla de expresiones como «creo», «pienso», «en mi opinión», «hasta donde sé», «por lo que se me ha informado», entre otras posibilidades. No solo porque es lo correcto, sino también porque en estos tiempos de extrema crispación, tendrán muy probablemente el efecto de sosegar a nuestros interlocutores y de dejar en claro que no se les pretende imponer un parecer como si fuera la verdad absoluta. Ello hace que los demás dejen de lado la actitud defensiva y la ansiedad que pudieran tener, en particular si es que un tema discutido es especialmente controversial y ya ha dado lugar a polémicas intensas. Con esta práctica se reducen significativamente las posibilidades de un atrincheramiento terco e irracional en defensa de esa opinión, hasta llegar a los insultos, aunque solo sea por una cuestión de orgullo herido. De rebote, todos salen ganando del intercambio de opiniones expresadas en esos términos, porque se permiten a sí mismos escuchar otros puntos de vista que pueden hacerles ver que estaban equivocados o, en todo caso, les podrán permitir matizar su visión, aunque no la cambien en lo substancial. Es decir, todos los participantes salen enriquecidos en mayor o en menor medida.

4. NO INSULTEMOS NI «ETIQUETEMOS»

Es una norma obvia, pero es bueno recordarla. Por cierto, quien «retuitea» un insulto también se convierte en su autor.

Cuando alguien nos insulte, no le respondamos de la misma manera, sino con altura, además, eventualmente, de bloquearlo definitivamente de nuestras redes sociales.

Una acción relacionada con el insulto es el uso de expresiones como «etiquetas» que se asocian a características muy negativas. Un ejemplo es tildar a alguien de «facho» o de «caviar» sin mayor fundamento y evadiendo todo debate político serio. Se etiqueta al opositor político, en vez de discutir con él y descubrir sus puntos de vista. Atrevámonos a llevar el debate más allá de calificativos como «DBA», «fachos» y «caviares», y acuñemos una terminología política.

5. NO DIFAMEMOS

Lanzar acusaciones contra autoridades, actores políticos y otras personas es, en muchos casos, una manera de «hacer justicia» con nuestras propias manos.

Muchas veces tenemos la íntima convicción o, por lo menos, fuertes sospechas de que determinado personaje es corrupto y vemos que no es investigado por la Fiscalía o el Poder Judicial o que sale airoso de los procesos que se le inician. Esto genera en nosotros un sentimiento de impotencia e indignación que nos lleva a tildarlo de corrupto en nuestras conversaciones, en reuniones sociales y en las redes. A falta de un castigo penal, se lo infligimos nosotros al atacar su reputación. Así, de algún modo, desde nuestro rincón, nos volvemos «justicieros» y nos desahogamos.

Esto es comprensible, más aún en un contexto de enfrentamiento y de polarización en el que tenemos el instinto de responder inmediatamente cuando alguien del otro bando ataca al político o al partido con el que simpatizamos. Sin embargo, no es lo correcto.

En primer lugar, porque acusar sin pruebas a alguien de corrupción o de algún otro acto ilícito es un delito. Por otro lado, podemos estar equivocados y, en consecuencia, nuestra «justicia» personal habrá golpeado a un inocente. Las personas honestas muchas veces sufren bastante más por el daño a su imagen que las que no lo son.

Adicionalmente, habremos puesto nuestro granito de arena para el envilecimiento del debate político.

Por cierto, que, posteriormente, nuestra acusación sea corroborada por los hechos no hace menos censurable el que la hayamos emitido cuando no teníamos pruebas.

Por supuesto, no se trata necesariamente de que nos quedemos callados y no manifestemos nuestra indignación. Sería una tortura autoimpuesta difícil de soportar y tenemos todo el derecho de hacer señalamientos contra tal o cual autoridad o actor político. Sin embargo, esto se puede hacer sin caer en la difamación, ya sea explícita o, lo que es peor, bajo la forma de insinuación.

Así, por ejemplo, una opción es rescatar reportajes periodísticos de tiempo atrás en los que se denunciaron actos irregulares del personaje en cuestión y compartirlos. Naturalmente, tenemos que cerciorarnos de que no hayan sido desvirtuados posteriormente.

Otra posibilidad, si somos conocedores del tema en discusión, es hacer notar la existencia de actos irregulares, inconsistencias y poca transparencia en el desempeño del personaje, como indicios de corrupción. Si no somos

especialistas, podemos compartir artículos o comentarios de quienes sí lo son. En este último caso, tenemos que ser cuidadosos en la selección de nuestras fuentes para no basarnos en las afirmaciones de gente poco seria.

6. EVITEMOS ESTAR A LA CAZA DE *LIKES* PARA NUESTROS COMENTARIOS

Los especialistas de las redes sociales han observado que un gran número de personas intervienen en Twitter, Facebook y otras plataformas básicamente para coleccionar *likes* y así sentirse gratificadas. En ese sentido, tienen mucho más éxito al emitir comentarios demagógicos, tajantes y sin matices, que al optar por la ponderación y el equilibrio. Más aún, se ha notado que la indignación se convierte en un mecanismo muy efectivo de producción de *likes*. Es decir, muchas veces no es tanto una reacción natural ante un acto inaceptable, sino más bien un instrumento de la vanidad. Ello no sería grave si no fuera porque, por esa vía, se agudiza la polarización.

IV

La necesaria contribución de los medios de comunicación para un buen debate

Como ya se ha señalado, las *fake news* distorsionan las opiniones y alimentan la polarización; en consecuencia, dificultan la posibilidad de sostener debates constructivos. De este modo, atentan contra la democracia.

Dado que se expanden particularmente a través de las redes sociales, las empresas de internet se encuentran, con justicia, en el candelerero, y son sometidas a fuertes presiones para que tomen medidas al respecto.

Ciertamente, el problema es complejo, bastante más que el planteado por la propaganda terrorista y los mensajes de odio, frente a los cuales las empresas tienen, frecuentemente, una actitud decidida, de modo que proceden a eliminarlos; por lo demás, algunas legislaciones las obligan a ello.

Muchas voces exigen que las falsas informaciones también sean borradas, pero se plantea entonces un conflicto con la libertad de expresión. En Estados Unidos, la controversia es intensa, al punto de haber llegado hasta el Congreso, donde se han organizado audiencias y se ha convocado a los directivos de las empresas para someterlos a una batería de preguntas

y cuestionamientos. En especial, Mark Zuckerberg, dueño de Facebook, tuvo que enfrentar, en una ocasión, a la combativa representante Alexandria Ocasio-Cortez, quien le reprochó su negativa de eliminar propaganda política con información falsa. El presidente de Twitter Jack Dorsey, por su parte, decidió que los mensajes de Donald Trump que contuvieran alegaciones sin sustento o incitaciones a la violencia serían acompañados de una advertencia a quienes los leyeran. La polémica continúa, no solo en ese país, sino en todo el mundo.

Mientras tanto, muchos medios de comunicación, especialmente los diarios, han asumido como tarea, desde hace algunos años, la detección de informaciones dudosas o falsas para aclararlas y han dedicado espacios específicos para ese fin; es lo que se conoce como *fact checking*. Su esfuerzo se centra muchas veces en las declaraciones de los actores políticos.

Se trata, sin duda, de una labor valiosa, aunque tendría que ser multiplicada y completada con otras acciones. Por ejemplo, la Sociedad Nacional de Radio y Televisión (SNRTV) y el Consejo de la Prensa Peruana (CPP) podrían elaborar pequeños *spots* educativos para el público sobre la actitud que debe tenerse ante cualquier información o sobre lo que es un trabajo periodístico serio, en una campaña que, necesariamente, tiene que ser repetitiva y permanente, como condición para que vaya calando en las mentes de las personas. La idea es generar el reflejo o el hábito, en la mayor cantidad de gente posible, de mantener el sentido crítico ante las noticias y los dichos que oyen o leen. Por cierto, los medios del Estado tendrían que estar en primera línea en esta misión docente.

Como parte de ella, se debería recordar o enseñar lo que es una difamación y la calumnia.

En la misma línea, sería importante educar respecto a la diferencia entre el dato cierto o confirmado y la sospecha, la especulación, la conjetura o la

hipótesis; términos que, por cierto, tendrían que entrar en el léxico habitual de las personas. Como se ha señalado en páginas anteriores, en el fragor de las discusiones y de la polarización, se suele confundirlos, de buena o mala fe, según los casos. En ese sentido, ayudaría que los entrevistadores de los diferentes espacios noticiosos pidan a sus invitados, de manera sistemática, que sustenten sus afirmaciones, en particular, cuando contienen acusaciones, directas o bajo la forma de insinuación. Ello, antes de entrar a discutir con ellos o pasar a otro punto. Se podría, incluso, crear una pequeña sección llamada «Alerta insinuación», como una manera de luchar contra la difamación encubierta.

Conclusión

Las encuestas muestran claramente que una minoría de la población está enterada del acontecer político y forma parte del sector activo en los medios de comunicación y en las redes sociales. No obstante, el clima de enfrentamiento impregna al grueso de la sociedad más allá de ese círculo, a través de las portadas y los titulares de los diarios y los medios audiovisuales. Ello, evidentemente, incide en los niveles de desconfianza respecto de las instituciones democráticas.

Los políticos tienen una cuota enorme de responsabilidad, pero el resto de ciudadanos tenemos también que asumir la nuestra y contribuir a sanear el debate. No se trata de que renunciemos a nuestro derecho de indignarnos ni a reaccionar con firmeza ante una acción o una afirmación que rechazamos. El punto es tratar de detener la espiral de enfrentamiento autodestructivo en la que estamos atrapados. Sí podemos hacer algo al respecto, como hemos señalado en este libro. Es una cuestión de aplicar algunos conceptos bastante obvios.

Ser ciudadano también es una disciplina. Impongámonosla. Seamos exigentes con nosotros mismos. La salud de nuestra democracia bien lo merece.

Apéndice

Diez expresiones insultantes o condescendientes

Caviar:

exmarxista-leninista que proviene de la élite social o que vive cómodamente, con puestos de trabajo en ONG de derechos humanos y de defensa del medio ambiente, en la Pontificia Universidad Católica del Perú, entre otras entidades privadas y del Estado. En última instancia, sin embargo, también son designados con ese término los izquierdistas moderados en general, los centristas y representantes de la derecha liberal que tienen puntos de vista similares en diversos temas políticos y sociales.

Es una expresión tomada de la voz francesa «*gauche caviar*» (izquierda caviar), utilizada para referirse a antiguos izquierdistas radicales que pasaron a formar parte del *establishment* y a asistir a cócteles en los salones dorados de París.

Conserva:

conservador.

DBA (derecha bruta y achorada):

derecha no liberal. La palabra «bruta» hace referencia a la falta de inteligencia; y «achorada», a la actitud matonesca.

Espermatozoide:

joven que, a pesar de no haber vivido los horrores de los atentados de Sendero Luminoso y el MRTA, salió a manifestar en contra del indulto a Alberto Fujimori otorgado por el gobierno de Pedro Pablo Kuczynski a fines de 2018.

Facho:

es una abreviación de «fascista». Utilizada comúnmente para designar a la derecha no liberal e incluso, en algunos casos, a toda la derecha. No obstante, el fascismo fue un movimiento político totalitario con rasgos muy específicos que se desarrolló en Europa entre 1919 y 1945, y cuyos máximos exponentes fueron la dictadura de Benito Mussolini en Italia y en una vertiente más extrema, el régimen nacionalsocialista de Adolfo Hitler en Alemania.

Fuji-caviar:

persona que colaboró, directa o indirectamente, con el régimen de Alberto Fujimori y que ha devenido en uno de sus críticos más acérrimos, aunque comparta el giro liberal de su política económica.

Neoliberal:

política económica aplicada desde el gobierno de Alberto Fujimori. El término es usado universalmente para designar las propuestas de la escuela de Chicago de Milton Friedman, que apuntan a la ortodoxia en el manejo de las finanzas públicas, y a la máxima liberalización de la economía. Sin embargo, se suele usar ese término con fines de descalificación, para atacar a todos aquellos que defienden la empresa privada o propugnan una medida a favor del mercado.

ProtERRUco:

izquierdista miembro de una ONG pro derechos humanos. La palabra «terruco» designa a los terroristas de Sendero Luminoso y del MRTA.

Rojo/rojete:

izquierdista.

Social confuso:

centrista o derechista que adopta posiciones similares a las del «caviar» en algunos temas.



Ejemplos de tuits

(emitidos entre marzo y junio de 2020)

 **claudia cisneros** @claudi... · 13h ▾
La derecha peruana muestra con orgullo y presume de su ignorancia. Decir que 'si algo es político no es arte'...#auch

↳ 4 ↻ ❤️ 13 ↗

 **Daniel Córdova** @DanielC... · 10h ▾
No he dicho eso pero no me sorprende que no hayas entendido lo que dije, ni que me llares ignorante por no pensar como tu. Saludos.

↳ 1 ↻ ❤️ 2 ↗

 **claudia cisneros** @claud... · 28m ▾
La DBA no piensa. Menos es consciente de que no piensa. En eso consiste su ignorancia supina hasta la sepultura.

Insulto

Periodista utiliza la expresión DBA (Derecha Bruta y Achorada) contra interlocutor.

 **Cristhian Rojas S** @Cristhi... · 1h ▾
La mejor muestra de la derecha BRUTA y achorada.

 **blankitos out of con...** · 11h

 **Oscar Sumar** @osumar
No entiendo esta "lógica": si no puedes tener un trabajo con todos los beneficios, prefiero q no tengas trabajo.
Te estoy protegiendo, de nada.

↳ 1 ↻ 3 ❤️ 7 ↗

Conocido comunicador social utiliza la expresión Derecha Bruta Achorada contra interlocutor.



Voz Liberal del Perú
@VozLiberal



Acá los únicos que viven alucinando con los estereotipos y la discriminación son los idiotas del progresismo.



Desde una cuenta, paradójicamente llamada «Voz liberal», se insulta a un periodista que ejerce su derecho a expresar su opinión.



Rene Gastelumendi @sociope... · 6h

"Como en mi experiencia-mia de mi-,según yo nunca sufrí racismo,ni mis hijos,ni mi pareja,por ciertos estereotipos con los que yo juego,ergo,me arrogo voz general y afi...

19:27 · 23/06/20 · [Twitter Web App](#)



♥ Optimista y 😊 Laura Grados indicaron que les gusta

Carlos León Moya @co... · 10h



Jajajaj Eddie FLESHMAN tú tienes educación superior y eres un pobre cojudo que escribe idioteces todo el tiempo de cosas que no sabe con la firme convicción de tener la razón. La educación superior es un cartón que no te quita lo miserable



Conocido periodista insulta a colega suyo en respuesta a comentario.



EDDIE FLEISCHMAN
@E_FLEISCHMAN



Leo tuits de gente y periodistas despotricando del congreso. ¿Q les sorprende? ¿En serio esperaban mejor nivel?

Primero deberían decidir a lo...

52

191

1061





Descalificación de un sector de la sociedad o de la política



Excongresista retuitea tuit en el que se hacen afirmaciones descalificadoras respecto de una corriente política en su conjunto.

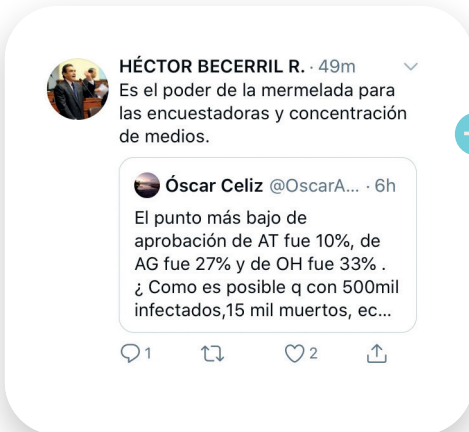


Exdirector del Fondo Editorial del Congreso niega la calidad de humanos a quienes componen un sector político identificado como «caviar» y pide que desaparezcan de la faz de la tierra.



Difamación

A través de un fotomontaje, un miembro del directorio del Banco Central de Reserva del Perú compara al expresidente Vizcarra con el exdictador chileno Augusto Pinochet y formula una grave acusación contra un fiscal de estar coludido con el gobierno, es decir, de incurrir en un delito.



Excongresista retoma grave acusación contra las encuestadoras y un grupo periodístico, de haberse vendido al gobierno, solo a partir de un comentario de una persona que expresa su escepticismo respecto de resultados de sondeos.



Excongresista retuitea tuit en el que se formula una grave acusación contra el expresidente Vizcarra de actuar únicamente para obtener impunidad respecto de un caso sujeto a investigación, y dando por sentada, implícitamente, su culpabilidad.



Líder de partido político insinúa que el nombramiento del primer ministro Cateriano es una manera del presidente de la República de retribuir a una minera por unos contratos otorgados a la empresa de su hermano, es decir, que el señor Cateriano va a favorecer indebidamente a la minera.



Excongresista y líder de partido político, formula la grave acusación al expresidente Vizcarra de ser vocero de empresas privadas.



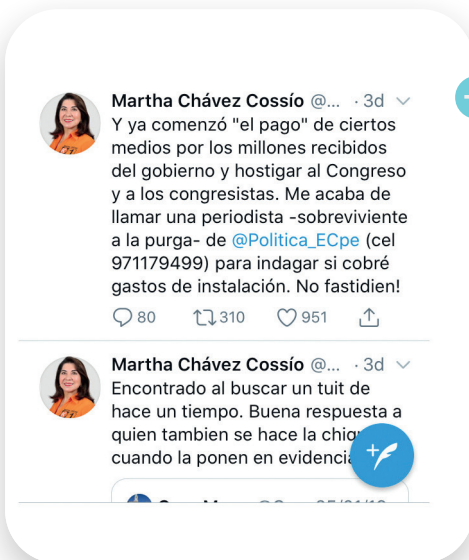
Exjuez supremo y candidato al decanato del Colegio de Abogados de Lima, formula una grave acusación contra las encuestadoras de ser mafiosas y de ser pagadas por funcionarios del Estado, que, en consecuencia, siguiendo la lógica del tuit, estarían incurriendo en el delito de peculado.



Excandidata municipal y articulista formula la grave acusación, no de manera directa, sino bajo la forma de insinuación, de que la exministra de Economía María Antonieta Alva, contrató a consultora de renombre mundial a cambio de artículo elogioso sobre ella, es decir, de incurrir en corrupción.



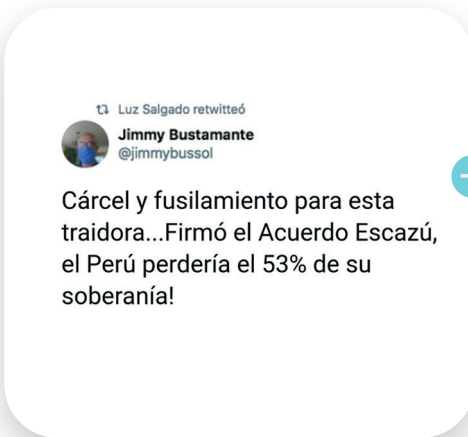
Excongresista y exministro de Trabajo formula grave acusación contra el gobierno de tener personas asalariadas para atacar a la oposición, es decir, de incurrir en el delito de peculado.



Congresista afirma que la llamada de un medio local para hacerle una pregunta sobre un tema polémico, es una manera de pagarle al gobierno por los «millones» (estatales) recibidos. Es decir, formula la grave acusación de que ese medio se ha vendido al gobierno.



Excongresista y conductor de un programa político comparte una caricatura que asegura que el expresidente Vizcarra oculta deliberadamente la cantidad de muertos provocados por el coronavirus.



Deseo de muerte

Excongresista retuitea tuit en el que se pide el fusilamiento de una persona a la que se tilda de «traidora» por haber firmado el acuerdo de Escazú.

Sobre el autor

Francisco Belaunde Matossian

Abogado, con estudios realizados íntegramente en la Universidad París II-Assas, Francia, donde obtuvo una Maestría en Derecho Internacional y Europeo. Además es titular de una maestría en Estudios Avanzados de Terrorismo por la Universidad Internacional de La Rioja.

Es conductor del programa *Geo Mundo* de TVPerú.

Es analista político internacional en diversos medios de la prensa escrita y audiovisual del Perú y del extranjero.

Es, asimismo, profesor de Relaciones Internacionales, Introducción a la Ciencia Política e Introducción al Derecho, en las universidades San Ignacio de Loyola y Científica del Sur.

Es miembro del Consejo Directivo del Instituto de Estudios Social Cristianos, con el que ha efectuado cursos de formación ciudadana.

Ha sido presidente del Consejo de Gestión del Colegio Franco Peruano.

También es autor de diversos artículos en revistas académicas del Perú y el extranjero, y editor del libro *Historia de la Alianza Francesa de Lima*.

**SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE TAREA
ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA**

Pasaje María Auxiliadora 154 - Breña, Lima Perú
Teléf. 332-3229 FAX: 424-1582

tareagrafica@tareagrafica.com | www.tareagrafica.com

DICIEMBRE 2020

En un ring de box existen reglas básicas, límites conocidos y aceptados que permiten identificar si la pelea es limpia. Si comparamos una pelea de box con el debate político en el Perú no es difícil notar que las reglas no están claras y los golpes bajos son constantes. El presente documento pretende ser una guía para reducir de manera substancial la agresividad que impera con demasiada frecuencia en el debate político, traspasando todos los límites y llevándonos a un enfrentamiento autodestructivo que entorpece nuestra marcha hacia el desarrollo y pone en serio riesgo nuestro sistema democrático.

Lo que se propone es generar nuevos hábitos y reflejos al momento en que políticos, líderes de opinión y ciudadanos de a pie intervienen en el Congreso, los medios o en las redes sociales según sea el caso. Ello, naturalmente, pasa por la erradicación del insulto y la difamación. De manera muy importante también, se incide en la necesidad de evitar caer en la sacralización de la opinión propia, confundiéndola con hechos indiscutibles, pues ello cierra la posibilidad de un diálogo fructífero, dentro de límites constructivos y responsables con el público: la sociedad peruana. La segunda edición de este libro responde a la necesidad de reiterar los conceptos vertidos en la primera, en un contexto en el que los enfrentamientos sin medida continúan como hace dos años, a lo que se añade la perspectiva histórica proporcionada por el valioso prólogo de Carmen Mc Evoy.



Libertad, justicia y solidaridad son los principios a los que se orienta el trabajo de la Fundación Konrad Adenauer (KAS). La KAS es una fundación política allegada a la Unión Demócrata Cristiana (CDU). Como cofundador de la CDU y primer canciller federal alemán, Konrad Adenauer (1876-1967) representa la reconstrucción de Alemania sobre las bases de la economía social de mercado, su reinserción en la política exterior, la visión de la integración europea. Su legado político e intelectual es para nosotros una inspiración y un compromiso.

Con nuestro trabajo europeo e internacional queremos contribuir a que las personas vivan en libertad y con dignidad. A través de más de 100 oficinas y proyectos en más de 120 países contribuimos a fomentar la democracia, el estado de derecho y la economía social de mercado.